

IDEALES DE LA VIDA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV: EL CABALLERO Y EL MORO*

José María Lacarra

La Edad Media concibe la sociedad fuertemente jerarquizada, dividida en *estados*, cada uno con sus virtudes ideales estereotipadas, y también con sus vicios, no siempre reconocidos. La perfección no puede alcanzarse sino conduciéndose cada cual de acuerdo con un *estado*. “Uno de los mayores yerros del mundo —dice Don Juan Manuel— es acomodar los grandes fechos a omnes de baxo linaxe e acomendar los pequeños a omnes de grand sangre”¹. Pero, es condición humana el tratar en todo momento de seguir la huella de los mejores, la de aquellos que ocupan los más altos puestos en la escala de los valores sociales.

El conocer dónde han puesto las gentes su ideal en cada momento, dice más, para la historia de la cultura, que el averiguar en qué medida ese mismo ideal ha sido alcanzado. Una investigación interesante sería el averiguar qué aspiraciones colectivas y qué ideales atraían a las más altas jerarquías de la sociedad en los finales de la Edad Media.

Si recurrimos a los historiadores, y, más concretamente, a los biógrafos, veremos que éstos siguen ateniéndose en pleno siglo XV al esquema que ya formularan las Partidas, cuando dividían la sociedad en tres estados, *Oradores, defensores y labradores*, olvidando así todas las demás fuerzas sociales, que ya se registran en la literatura popular, pero que no habían

* Extracto de la conferencia pronunciada por el autor en los Cursos de Verano de la Universidad de Zaragoza en Jaca (1947) y publicada por Librería General (1949).

1. *Libro de los Estados*, I, 51.

adquirido suficiente prestigio y significación en el plano de la vida política que era el preferido por la biografía².

A la cabeza de esta escala social está el rey, con poder creciente, a pesar de las turbulentas minorías castellanas, turbulencias que están pregonando un deseo de apoderarse de la tutela del menor, fuente indiscutible de poder legal y efectivo.

Bajo el rey, aparecen los *oradores* y los *defensores* como los únicos dignos de ser contados entre los *claros varones*. Entre los primeros están los prelados, señalados por su "sciencia, mérito e virtudes", aunque tocados ya por los ideales caballerescos, y entre los segundos, los caballeros, poco preocupados por el saber: "El que ha de aprender e usar arte de caballería, non conviene despender luengo tiempo en escuela de letras", dice el preceptor de Don Pero Niño; "cúplevos lo que dello sabedes", le dice para poner fin a sus estudios, cuando solo contaba diez años de edad³.

El trato continuo, y no siempre cordial, de los nobles castellanos con el monarca, les hacía forjarse un concepto realista y poco elevado de sus reyes, de los que mucho había que recelar y prevenir: "Hijo, servid al rey e guardadvos del, que es como el león: jugando mata e burlando destruye". "Guardadvos de entrar en la casa del rey quando sus fechos anduvieren turbados, ca el que entra en la mar quando está alterada, será maravilla si escapará ¿quanto más fará si entrare quando está ayrada?"⁴ Y una larga cadena de desengaños, forjada en el trato de cuatro monarcas que tantas esperanzas hicieron concebir al ocupar el trono, le hace al cronista desconfiar de los vaticinios optimistas que se lanzan ante todo nuevo soberano: "Dicen que aquel rey ha de pasar la mar, e destruir toda la morisma, e ganar la Casa Santa, e de ser emperador, e después vemos que se faze como a Dios plaze. Ansí dixeron de los pasados, e dirán de los por venir"⁵.

El Caballero

Pero en la esfera de la Corte y de la nobleza todo un mundo de ilusiones forma como una atmósfera artificial, optimista, forjada a base de grandes sueños y bellos ideales, firmemente creídos, a pesar de los constantes desengaños que acarrearán el choque con una realidad egoísta e insincera. Estos sueños de belleza y bondad están simbolizados por el Caballero, la

2. Véase el penetrante y sugestivo estudio de José Luis ROMERO, *Sobre la biografía española en el siglo XV*, en "Cuadernos de Historia de España", I-II (Buenos Aires, 1944), pág. 125.
3. DIEZ DE GAMES, *El Victorial. Crónica de Don Pero Niño, Conde de Buelna*, edic. Carriazo. (Madrid, 1940), pág. 64.
4. *El Victorial*, pág. 72.
5. *El Victorial*, pág. 68.

más alta jerarquía en la escala de valores para nuestros cronistas del siglo XV.

“El romanticismo —dice Huizinga— ha propendido a identificar pura y simplemente la Edad Media y la época caballerisca. Veían, ante todo, en aquella, penachos que se inclinaban. Y por paradójico que hoy suene, tenía razón en cierto respecto”. Si una nueva clase social, la burguesía, pesaba ya más en algunos reinos, como en la Corona de Aragón, “en el espíritu del siglo XV sigue la nobleza ocupando, sin duda alguna, el primer puesto como elemento de la sociedad. Su significación era estimada por los contemporáneos con exceso, así como la de la burguesía lo era por defecto”, y la misma burguesía —no dándose cuenta de la revolución social que su presencia entrañaba— trataba en todo momento de acomodar su modo de vivir y de obrar a la tabla de valores fijada por los caballeros de noble estirpe⁶.

Veamos, en rápida síntesis, cómo concebían este caballero ideal nuestros Cronistas al finalizar la Edad Media.

El caballero debe ante todo velar por su honor, y a él debe amoldar su conducta y sacrificar incluso la vida, “ca no solamente la guerra, en que tantos males, más la muerte que es la más grave cosa que pueda seer, debe omme ante sufrir que pasar e sufrir desonra, ca los omnes grandes que se mucho prescian e mucho valen, son para ser muertos, más que desonrados”, dice Don Juan Manuel⁷.

Este honor es honradez de conducta y es fama que proclama las honrosas hazañas.

La Edad Media es esencialmente religiosa, de fe robusta, sin distingos ni sutilezas. “Lo que vuestro seso no comprendiere ni alcanzare, creedlo por feé; porque si de la feé hobiese prueba, no habría mérito”⁸. Por eso la misión primera del caballero es pelear por su fe: “Si te conviniere de pelear por tu solo cuerpo contra qualquier que dixiere la santa feé catholica no ser así, obligado eres a ello; esta es buena caballería, la mejor que ningund caballero puede hacer: pelear por su ley a feé, quanto más teniendo la verdad”⁹.

Dos maneras tenían los caballeros de ganar honra y fama, según nuestros cronistas: sirviendo a su rey o haciendo la guerra a los moros, que era en fin de cuentas una manera de servir a su rey, a su patria y a su fe¹⁰.

6. HUIZINGA, *El Otoño de la Edad Media* (Madrid, 1930), I, págs. 83-84.

7. *Libro de los Estados*, I, 70.

8. *El Victorial*, pág. 67.

9. *El Victorial*, pág. 66.

10. FERNANDO DEL PULGAR, *Claros Varones de Castilla*, edic. J. Domínguez Bordonna, “La Lectura”, 1923, pág. 35; DON JUAN MANUEL, *El Conde Lucanor*, ejemplo XXXIII.

Para ello el caballero debe ser esforzado y sin miedo. La cobardía ante el adversario es, sin duda alguna, el rasgo que más empaña su honor¹¹, y el “vencer batalla es —para Don Pero Niño— la mayor gloria deste mundo”¹². Esto exige toda una vida de sacrificios y renunciaciones por los altos ideales de la fe, de la verdad y de la justicia. Y ¡qué contraste entre la vida ascética del caballero y la vida regalona del burgués! “Los de los oficios comunes comen el pan folgando, visten ropas delicadas, manjares bien adobados, camas blandas safumadas, échanse seguros, levántanse sin miedo, fuelgan en posadas con sus mujeres e sus hijos, e, servidos a su voluntad, engordan grandes cervices, facen grandes barrigas, quiérense bien por hacerse bien e tenerse viciosos. ¿Qué galardón o qué honra merescen? No, ninguna. Por el contrario, los caballeros, en la guerra, comen el pan con dolor; los vicios de ella son dolores e sudores; un buen día entre muchos malos. Pónense a todos trabajos, tragan muchos miedos, pasan por muchos peligros, aventuran sus vidas a morir o vivir. Pan mohoso o bizcocho, viandas mal adobadas; a oras tienen, a oras non nada. Poco vino o ninguno, agua de charcos o de odres. Las cotas vestidas, cargados de fierro, los enemigos al ojo. Malas posadas, peores camas. La casa de trapos o de hojarasca; mala cama, mal sueño”¹³.

El caballero curtido en estas lides debe ser sufrido en la adversidad, debe soportar estoicamente todas las contrariedades de la vida y no debe llorar ante los más graves infortunios: “¡Oh, cuand digno de reprehensión es el caballero que por ningún grave infortunio que le venga derrama lágrimas, sino a los pies del confesor!”, dice Fernando del Pulgar¹⁴.

Obsesión suya son los puntos de honor, y por nada de este mundo aguantaría algo que supusiera mengua en lo que estima su derecho o su honor. Le veremos cuidarse, hasta el exceso, de que su honra, su honor, sea conocido y reconocido por cuantos le rodean. Cuentan del Conde de Cifuentes, que habiendo sido comisionados para representar al rey de Castilla en un Concilio, vió cómo el embajador de otra potencia ocupaba el lugar preferente, que creía corresponderle a él en derecho, y “no pudiendo este caballero sufrir tiempo para que se determinase por razón lo que veía levar por fuerza, llegó a aquel embajador, e puestas las manos en él, con gran osadía le arrebató e echó de aquel logar e él se puso en él”. Su conducta escandalizó a los circunstantes, y preguntado por el presidente cómo había osado poner las manos sobre un embajador de “tan grand príncipe” respondió “con ánimo no vencido.— Digos, presidente, que quando padescer defecto la razón, no deben faltar manos al corazón”, y al recrimi-

11. *Claros Varones*, págs. 54, 55, 91...

12. *El Victorial*, pág. 201.

13. *El Victorial*, pág. 42.

14. *Claros Varones*, págs. 47, 92.

narle el prelado español que le acompañaba en su embajada, le dijo: “Padre haced vos como letrado, yo haré como caballero”¹⁵.

La ira o la lujuria no empañan gravemente la honra de nuestro caballero ideal: “No quiero negar que no toviere algunas tentaciones de las que esta nuestra carne suele dar a nuestro espíritu —dice benévolutamente Fernando del Pulgar, hablando del Marqués de Santillana— e que algunas veces fuese vencido, quier de ira, quier de luxuria... porque estando como estovo envuelto en guerras e en otros grandes fechos que por él pasaron difícile fuera entre tanta multitud de errores vevir sin errar”¹⁶. Y nuestros cronistas del siglo XV están prontos a excusar los pecados de Rodrigo: “Un rey tan grande y tan poderoso, tan riquísimo y tan esforzado y de tan florecido linaje... y por un pecado tan humano, el cual non alabo, que pudiera ser sofrido y callado, o rescibida enmienda, que fuera bien satisfecho en otras maneras honestas” dice el biógrafo del Marqués de Cádiz¹⁷. Y otro autor puntualiza todavía más: “Otro si dicen algunos que la tierra fue perdida por pecado que hizo el rey don Rodrigo en tomar la hija del conde Julián. Non fué aqueste tan gravísimo pecado en tomar el rey a una moça de su reino, como las gentes notan; nin casada nin desposada”, y, aun añade indulgente, “aunque podía ser quel rey no era conjugado (casado), ansí quel pecado era en mucho menor grado”¹⁸.

No solo la ira no empaña la honra del caballero, antes bien, casi es tenida como una virtud, y el español airado cobra pronto en Europa fama de peligroso: “No es de pelear con cabeça española en tiempo de su ira”, dicen que decía un capitán inglés después de haber tropezado con Don Rodrigo de Villandrando¹⁹.

El caballero va derecho a la entraña de las cuestiones y aborrece disimulos, cautelas y ficciones. No conoce más que una palabra, y el mantenerse fiel a ella es para él punto de honor. Del Duque del Infantado se cuenta que difícilmente llegaba a ninguna negociación ni trato por temor a tener que faltar a su palabra “por do podiere caer en punto de mengua”²⁰. En todo momento aparece el caballero como poco atento a tratar cuestiones de dinero²¹.

Esta austera reglamentación de la vida caballeresca no es una elaboración puritana de biógrafos de moral estrecha. Responde plenamente a

15. *Claros Varones*, págs. 80, 81.

16. *Claros Varones*, pág. 49.

17. *Historia del Marqués de Cádiz*, en “Col. docs. inéd.”, t. 106, págs. 153.

18. *El Victorial*, pág. 31.

19. *Claros Varones*, pág. 74.

20. *Claros Varones*, págs. 87, 92.

21. *Claros Varones*, págs. 47, 57, 83, 88.

ideales sinceramente sentidos, aunque no siempre practicados con igual escrupulosidad, porque “non son todos caballeros quantos cabalgan caballos —dice Don Pero Niño— ni quantos arman caballeros los reyes, son todos caballeros. Han el nombre, mas no hacen el ejercicio de la guerra. Porque la noble caballería es el más honrado oficio de todos, todos desean subir en aquella honra. Traen el hábito e el nombre, mas no guardan la regla. No son caballeros más son apantasma e opóstatas. Non face el hábito al monje, mas el monje al hábito. Muchos son los llamados e pocos los escogidos”²². Pero, para la historia de la cultura es mucho, y a mi entender lo principal, el que este ideal sirviera de norma para valorar a aquellos que ocupaban los más altos puestos en la escala social, y a quienes los situados en estados inferiores trataban de imitar en todo momento.

Una prueba de la amplitud con que era aceptado este ideal, la vemos en el lenguaje, siempre afectado y adulator, de las cancillerías musulmanas, cuando reconocen en los monarcas cristianos estas mismas virtudes de fidelidad y lealtad caballerescas. Yusuf I dice “que no existe en la cristiandad Casa más renombrada por su fidelidad que la Casa del rey de Aragón”, y Muhammed V de Granada se dirige “al egregio, excelso, honorable, magnífico, denodado, fidelísimo famoso caballeresco”, el monarca Don Pedro IV de Aragón, “en quien no puede por menos de reconocer el excelente proceder por él seguido en cumplimiento leal de sus promesas”²³.

De esa aprobación colectiva nacía la necesidad, no solo de acomodar la conducta a tales normas, sino de que todos pudieran comprobar el noble proceder de quien tenía que pasar por caballero. No bastaba el ser, había que parecerlo también, y dejar tras de sí larga fama de sus hechos: Fama ante los hombres y buen nombre ante Dios. Por eso “posponiendo la corta vida por la larga fama —dice un cronista— peleaban como valientes con los moros”²⁴, y por eso, cuando algunos soldados proponían al conde de Niebla que se retirara ante la superioridad del enemigo, replica: “Morir puedo yo, mas no volver el rostro a los moros”²⁵. La frase heroica, que registraran los cronistas, es para el caballero tan necesaria como la misma conducta heroica.

Parejo al ejercicio de la guerra, y empleo propio de caballeros, son la caza y los combates con sus iguales. Entre el torneo medieval y el deporte moderno hay más diferencias de forma que de fondo: mayor teatralidad y formalismos en aquél, mayor simplicidad y eficacia en nuestros actuales deportes, pero ambos responden al mismo impulso vital y erótico. Tras

22. *El Victorial*, pág. 42.

23. M. ALARCON Y GARCIA LINARES, *Los documentos árabes diplomáticos del Archivo de la Corona de Aragón*, 144 y 106.

24. BARRANTES, *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, II, 351.

25. BARRANTES, *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, II, 50.

ellos se adivina siempre la dama, cuyo amor o cuya sola mirada ha de premiar todas nuestras fatigas. "El caballero y su dama, el héroe por amor, he aquí el eterno y principal motivo romántico, que en todas partes surge y ha de surgir siempre de nuevo"²⁶. "Los hombres enamorados —dice Díez de Games— son más fuertes, e facen más, e son mejores, por amor de sus amigas"²⁷. Y tan empapados están los espíritus de la misión caballerisca del torneo, que hasta se permiten combatir por defender la dama de otro: Pedro el Ceremonioso, para decidir a su hijo a casarse con la heredera de Sicilia, le escribe que Guillermo Ramón de Moncada está dispuesto a combatir contra cualquiera que dijese que había en Barcelona otra mujer que pudiera compararse con ella en hermosura²⁸.

La guerra contra el moro

De los varios empleos que de las armas podía hacer el caballero, había en España uno que le permitía alcanzar a la vez honra y provecho, y que fue causa de que en nuestro país se conservara por más tiempo y a mayor altura ese ascético y noble ideal de la caballería: me refiero a la lucha contra el moro.

Durante ocho siglos se confunden en España el ideal patriótico y el religioso. "El horizonte de la vida española —se ha dicho recientemente— está dominado por la contraposición entre el cristiano y el moro. Lo ajeno es a la vez musulmán y extranjero. Lo propio es a su vez cristiano y español. Ocho siglos de vida dan margen para una grandísima variedad de actitudes ocasionales. Entre los enemigos más cordialmente tales, hay treguas, paces y aun alianzas transitorias. Pero, amigo o enemigo, maestro o discípulo, el moro es siempre el otro, y es el otro en los dos sentidos inseparables, de la otra religión y de la otra nacionalidad"²⁹.

Se cuenta en uno de los ejemplos del *Conde Lucanor* cómo D. Lorenzo Suárez de Gallinato estuvo mucho tiempo al servicio del rey de Granada, y vuelto a la merced de Fernando III, preguntóle éste un día "que pues él tanto deservicio había fecho a Dios con los moros ayudándolos contra los cristianos, si cuidaba que le habría Dios merced porque non perdiese el alma"³⁰. El daño al alma, no al reino, preocupaba entonces al santo monarca castellano.

26. HUIZINGA, *El Otoño de la Edad Media*, II, 111.

27. *El Victorial*, págs. 90, 242.

28. J. RUBIO Y BALAGUER, *Vida española en la época gótica* (Barcelona, 1943), pág. 271.

29. M. GARCIA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, discurso correspondiente a la apertura del curso académico 1942-43, Madrid, 1942, págs. 55-56.

30. *El Conde Lucanor*, ejemplo XXVIII.

JOSE MARIA LACARRA

Al exaltar la misión que corresponde a estos gladiadores de la fe, está en la mente de todos el equiparlos a los mártires,

*que la soberana gloria
ya sin dubda es otorgada
al que muere, por vitoria
de la ley que nos fué dada.*

Es característico de toda nuestra literatura de la Baja Edad Media el considerar la guerra contra el moro como algo naturalmente impuesto a todos los príncipes españoles. Cuando Enrique IV lucha con Aragón, Fernando del Pulgar lo justifica diciendo que fue por instigación ajena, no por su voluntad; cuando el Conde de Haro guerrea con otros reinos o en contiendas civiles, nos aclara que fue por servir al rey, pero para ir contra el moro no precisa razones que abonen su justicia, antes bien, dos medios tenía el caballero, como hemos dicho, de ganar honra: haciendo la guerra al moro, o combatiendo en servicio del rey³¹.

*El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida delectable
donde moran los pecados
infernales;
más los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos y afliciones
contra moros³².*

Pero la impresión dominante entre los escritores del siglo XV es la de casancio ante una guerra a la que no se veía término sino a muy largo plazo³³.

Poetas, cronistas y pensadores discurren sobre las causas de este retraso inexplicable. No hay justicia en Castilla, no hay unión, falta la interior satisfacción;

31. *Claros Varones*, págs. 16, 35.

32. JORGE MANRIQUE, *Coplas por la muerte de su padre*, núm. 36.

33. J. M^a RAMOS Y LOSCERTALES, *El cautiverio en la Corona de Aragón*, (Zaragoza, 1915), pág. 107.

IDEALES DE LA VIDA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV

*ca sy esta gente fuese concordada
e fuesen juntados en un corazón,
non sé en el mundo un solo rencón
que non conquistasen, con toda Granada.*

Los males de Castilla radican aquí, precisamente:

*mas por la invidia que non se contenta
el uno del otro en ninguna guisa,
Castilla se pierde pues anda divissa
ca trae quebrada su espada orinienta;
e quien la traya en moros sangrienta
non puede sacarla por (su) mucho orin.*

Castilla ha perdido la fe de sus mayores; por eso no va contra los moros:

*porque fué Castilla cathólica fyna;
mas hora se llama cuytada mesquina,
porque sus criados non quiren venir
pelear con moros, vencer o morir
en guerra tan justa, ny tan santa e dina³⁴.*

La ocupación de Granada es la obsesión constante de los castellanos del siglo XV, idea tanto más torturante cuanto más lejana se percibe y cuando se ve la casa sumida en estériles discordias civiles. Un poeta pediguño se dirige a la madre de Juan II y acaba su súplica:

*vivades tanto pagada
que veades bien casado
al gentil rey ensalçado,
cuya debe ser Granada³⁵;*

y una serranilla fronteriza confirma la intensidad del ansia popular:

*¡Si! Ganada es Antequera
¡Oxala Granada fuera!*

34. Fray Diego de Valencia, comentando una visión de Villasandino a la muerte de Enrique III (1407), en *Cancionero de Baena*, ed. Ochoa. núm. 35 y "Nueva Biblioteca de Autores Españoles", XXII, 332.
35. Villasandino, dirigiéndose a la reina Doña Catalina, en *Cancionero de Baena*, ed. Ochoa, pág. 63.

Llega a concebirse la guerra exterior como el único medio de alcanzar la paz interna. “La casa está sin ruido, cuando los puercos son al monte... ¡Qué gloria de rey!, ¡qué fama de vasallos, qué corona de España, si el clero, religiosos y sin regla, fuesen contra Granada, y los caballeros con el rey erumpiesen en Africa!... Mayor riqueza sería crecer reinos que tesoros amontonar”³⁶. Y todavía en el siglo XV se sueña con una Cruzada internacional que acabe con Granada.

Pero la guerra se llevaba “tibiamente”, especialmente por parte de los reyes, según se quejaban nuestros cronistas. Mosén Diego de Valera nos presenta a Enrique IV asistiendo al cerco de Cambil como si se tratara de un torneo. Le acompaña la reina, que pide una ballesta, dispara unos tiros contra los moros, “y pasado este juego, dice el cronista, el rey se volvió a Jaén, donde los caballeros que sabían hacer la guerra y la habían acostumbrado, burlaban y reían diciendo que aquella guerra más se hacía a los cristianos que a los moros”. Otros, irónicamente, comentaban: “Por cierto, esta guerra bien parece a la que el Cid en su tiempo solía hacer”. Y, mientras tanto, el monarca castellano recibía en Jaén los presentes del rey de Fez consistentes en arreos militares para él —que de poco le servían— y en perfumes para la reina³⁷.

Las empresas mejor concebidas fracasaban por la apatía de los territorios del interior y por la inmoralidad de quienes debían encauzarlas. Cuando Calixto III predica en 1457 una cruzada para acabar con Granada, fue tal la cantidad que se recaudó en los cuatro años que duró aquella, que después de pagados los gastos de recaudación “vinieron a poder del rey más de cien quentos, de los cuales muy poca parte se gastó en la guerra de los moros, de lo que todos los grandes del reyno fueron mucho turbados”, dice un cronista³⁸.

Evolución del concepto del moro

Hemos visto cómo estos cronistas recogen el ideal, no siempre asequible, por sí anhelado, o al menos no contradicho públicamente; aquella meta a que, según la tabla de valores de las gentes letradas, debía aspirar quien se preciara en algo. La poesía, en cambio, más parlera, más espontánea, acoge la aspiración popular y va creando insensiblemente otro cuadro de valoraciones: El contender con fuerzas inferiores no aumenta la “honor” de los combatientes; el luchar sin guardar las reglas del combate, aunque se trate de enemigos de la fe, nada dice en “honor” de los que así pro-

36. JUAN DE LUCENA, *De vita beata*, en 1463, edic. “Bibliófilos Españoles”, pág. 126 y 166 (citado por A. CASTRO, *Lo hispánico, el erasmismo*, R.F.H. 1940, pág. 15).

37. *Memorial de diversas hazañas*, edic. Carriazo, págs. 45, 49.

38. *Memorial*, pág. 41.

ceden; la valentía del adversario crece el mérito de nuestras empresas, y la cortesía con el enemigo es siempre signo de nobleza, y cuanto más radical sea esta enemistad —enemigos de la fe y de la patria— al extremar esta cortesía, se recorta más a lo vivo nuestro noble proceder. Finalmente, ante los dardos del amor, unos y otros sucumben por igual, y el poeta atiende con la misma piadosa conmiseración al que ha caído en las redes del amor, sea de mora o de cristiana:

*Quien de linda se enamora
atender deve perdón
en caso que sea mora.*

Si en todo momento era considerado el moro como enemigo natural del hombre cristiano —es decir del español—, no cabe duda de que los intermitentes encuentros del siglo XV tendían a deformar un tanto su silueta tradicional. Al no tener Aragón fronteras con los moros, se desinteresa por la lucha. La guerra es un negocio totalmente castellano, que aun para las tierras del interior resulta una carga insoportable y molesta. Sólo la exaltación caballerescas y el antagonismo religioso encenderán de cuando en cuando la llama del entusiasmo. Queda así la guerra reducida a un problema fronterizo. Pero en los frentes parados y próximos se establecen indefectiblemente relaciones de vecindad que no pueden menos de ser amistosas; se reanuda el paso de mercaderes y de viajeros; las guarniciones enemigas compiten en contiendas que terminan en razias o se convierten en certámenes caballerescos. Se hacen mutuos alardes de valor, que son mutuamente admirados. No habiendo guerra pregonada, todo queda a la iniciativa del Adelantado o capitán de la frontera, y un fuerte acento épico-lírico contornea las siluetas de los combatientes, caballeros y peones, damas y prelados:

*¡Ay mi Dios! ¡qué bien parece
el obispo don Gonzalo
armado de todas armas
hasta los pies del caballo!*

Las virtudes caballerescas las encuentran nuestros cronistas proyectadas en sus mismos enemigos: “y estaba por capitán de los moros —dice Mosén Diego de Valera— un valiente caballero, que se llamaba el Alatar, cabecera de Málaga”³⁹, y un siglo después ha de repetir Ginés Pérez de Hita:

*Caballeros granadinos
aunque moros hijosdalgo.*

39. *Memorial*, págs. 40, 54.

Sólo en muy raras ocasiones la historia oficial dejará traslucir algo de esta innata caballeridad hispana. Cuando el conde de Cabra prendió al Rey Chico de Granada, cuenta Fernando del Pulgar, se apresuró a consolarle del infortunio en que caía: "Considerad, le dice, el presuroso movimiento de las cosas humanas; ni la prosperidad que antes tuvisteis os debe alterar, ni la adversidad que tan presto os vino os debe entristecer. Porque así como el bien pasado no tuvo firmeza, así el mal presente se puede mudar. Consolándole en esta forma y guardándole la honra que le debía como a rey, le llevó preso a su villa de Baena⁴⁰".

Sin embargo, la poesía popular refleja siempre, mejor que la historiografía oficial, el sentimiento de mutua admiración por las proezas de ambos contendientes. Nuestros romances fronterizos se recrean ponderando la valentía de su enemigos:

*Siete caudillos tenemos
tan buenos como Roldán
y juramento tienen fecho
antes morir que se dar.*

dicen los moros de Baza al rey don Fernando.

Los moros aparecen ahora como fieles cumplidores de la palabra dada:

*—Reduán, bien se te acuerda
que me diste la palabra
que me darías a Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tu lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tu no lo cumplieres
desterrarte he de Granada;
echarte he en una frontera
do no goces de tu dama.
Reduán le respondía,
sin demudarse la cara:
—Si lo dije no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.*

O cuando en el famoso y bellísimo romance de *¡Abenamar!*, nos dice:

*moro que en tal signo nace
non debe decir mentira.*

40. FERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. Carriazo, pág. 69.

IDEALES DE LA VIDA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV

Poco falta para que, sumidos moros y cristianos en un común ideal caballeresco, se esfume en nuestra poesía su tradicional antagonismo político. Cuando el Maestre de Calatrava entra en la Alhambra y reta al moro que se atreva a echarlo de la Vega.

*La reina, cuando lo supo,
vistiérase muy de priesa;
acompañada de damas,
asomose a una azotea.*

*El Maestre la conoce,
bajado le ha la cabeza,
la reina le hace mesura
y las damas reverencia.*

Sale el moro Barbarín a combatir por su reina, ofreciendo llevarle la cabeza del Maestre, pero, vencido por el cristiano, le corta la cabeza y

*Con un paje se la envía
a la reina, que la espera,
con un recaudo que dice:
—Amigo, decí a la reina
que pues el moro no cumple
la palabra que le diera,
que yo quedo en su lugar
para servir a su Alteza.*

Vemos en el romancero a los moros enamorados animados por sus damas, y

*el moro que amores tiene
señales dello mostraba,
y el que no tenía amores
allí no escaramuzaba.*

Y nos trae también el romancero la memoria de aquel rey granadino que pierde Antequera, pero que con gusto la cambiaría por Granada, si fuera posible, a fin de recobrar a su amada:

*¡Si le pluguiese al buen rey
hacer conmigo una trueca,
que le diese yo a Granada,
y me volviese Antequera!*

JOSE MARIA LACARRA

*No lo he yo por la villa,
que Granada mejor era,
sino por una morica
que estaba dentro della,
que en los días de mi vida
yo no vi cosa más bella.*

El recato es también virtud de las damas moriscas, que

*cristiano vino a mi puerta,
cuitada por me engañar,*

dice la mora Moraima, y esta estampa romántica, que localiza en el secular enemigo las más altas virtudes del caballero, del cristiano y del enamorado, hemos de verla propagada por nuestra literatura del Siglo de Oro. Recordemos, como un eslabón más de esta cadena, a aquel moro cautivo, capitán de cien jinetes, que

*ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte*

en el bellísimo romance de D. Luis de Góngora.

Pero la poesía, insisto, parece reflejar aquí, mejor que la historia, la cordial y humana actitud de los individuos de uno y otro bando, al entrar en contacto más íntimo en los finales del siglo XV: caballeros que se enamoran de doncellas musulmanas, moras que se tornan “cristianas por amores”, cristianas que abrazan el Islam al casar con moros, tal es la realidad que se ven forzados a regular los Reyes Católicos al pactar la entrega de Granada.

Ilusiones y desengaños

Para llegar a esta etapa final había que interesar a todos los españoles: apartar a la nobleza de sus banderías egoístas, atraer a Aragón hacia los problemas peninsulares, fundir a los pueblos del interior en esta gran preocupación nacional. No es la apetencia de tierras lo que mueve a los españoles a luchar en los finales del siglo XV. Se trata de un movimiento espiritual, que, sostenido desde arriba, contagia a todas las clases sociales.

La exaltación religiosa hace que se vean cumplidas en los Reyes Católicos las antiguas profecías, “que no solamente sereis señor destos reinos de Castilla e Aragón que por todo derecho vos pertenescen, mas habreis la monarchia de todas las Españas e reformareis la silla imperial de la inclita sangre de los godos de donde venis”⁴¹. Pues el advenimiento de los Reyes Católicos produjo en Castilla una ola de auténtico entusiasmo popu-

lar, e hizo desde el primer momento concebir las más risueñas esperanzas: "...después de tanta tiniebla —dice un cronista— quiso tan claro sol enviarnos dándonos milagrosamente estos gloriosos sanctos príncipes rey e reina don Fernando e doña Isabel nuestros señores, para reformar, conservar e acrecentar e para punir e castigar los soberbios e destruir e desolar todos los enemigos de nuestra Sancta Feé Católica"⁴².

Ocupada Granada, cumplidas en Fernando e Isabel estas profecías, aires de imperio soplan por el horizonte castellano. Europa, que todavía sueña con las Cruzadas, y que ha visto al Turco poner su pie en los Balkanes y ocupar Constantinopla, dirige la vista a España, como única tabla de salvación. "Nada les queda que hacer a vuestras Magestades —les dice un viajero alemán, tres años después de ocupada Granada— como no sea agregar a sus victorias la reconquista del Sepulcro Santo de Jerusalén... Para vosotros está reservado el triunfo; para vosotros el coronaros con el trofeo de tal victoria. Poder sobrado tenéis para ello, ya que no hay ningún otro soberano a quién se le ofrezca más propicia ocasión que la que a vosotros se os brinda. El Africa tiembla ante vuestra espada y se dispone a someterse a vuestro cetro... Fácil, por tanto, ha de seros rescatar el sepulcro de Cristo del dominio de los enemigos de Dios y añadir esta joya a vuestra diadema"⁴³.

Pero pronto surgen los desengañados. Pensadores sutiles se preguntan si no hubiera sido mejor no conquistar Granada, porque dentro de casa el español ha suprimido el estímulo para la acción, aunque haya extendido el imperio. "...la naturaleza, para avivar sus virtudes, dice Juan Ginés de Sepúlveda, dotó a los hombres de cierto fuego interior, que, si no se atiza y pone en acción, no solo no luce sino que languidece y a veces se apaga. Por eso, a veces me vienen dudas de si no habría sido mejor para nosotros que se mantuviera el reino moro de Granada, en lugar de hundirse completamente. Pues si bien es cierto que extendimos el reino, también echamos al enemigo más allá del mar, privamos a los españoles de la ocasión de ejercitar su valor, y destruimos el motivo magnífico de sus triunfos. De ahí que tema un poco que, con tanto ocio y seguridad, el valor de muchos se debilita"⁴⁴.

El viejo esquema medieval, a que tan apegados se muestran nuestros historiadores, va quebrándose también en la segunda mitad del siglo XV

41. Mosén DIEGO DE VALERA, *Doctrinal de príncipes* (apud Carriazo, *Crónica de los Reyes Católicos*, pág. CI).

42. Mosén DIEGO DE VALERA, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. Carriazo, pág. 6.

43. J. MUNZER, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*, versión del latín... por J. Puyol (Madrid, 1924), págs. 166-167.

44. Diálogo *Gonsalus seu de appetenda gloria*, XXVI (apud. A. CASTRO, *Lo hispánico y el erasmismo*, en R.F.H. 1940, págs. 29-30).

con las auras del Renacimiento italiano. Junto a aquellos austeros ideales de la Caballería, que solo con el auxilio divino podían alcanzarse, penetra la noción renacentista del valor del individuo, que es hijo de sus obras. Fernando del Pulgar dará paso a diversas excusas en la aplicación de aquel recio y ya inasequible ideal: “No digo yo —explica sutilmente— que las constituciones de la caballería no se deban guardar, por los inconvenientes generales que no se guardando pueden recrecer; pero digo que deben ser añadidas, menguadas, interpretadas e en alguna manera templadas por el príncipe, habiendo respeto al tiempo, al lugar, a la persona, e a las otras circunstancias e nuevos casos que acaescen, que son tantos e tales, que no pueden ser comprendidos en los ringlones de la ley”⁴⁵.

El cambio aquí esbozado no puede ser más profundo; antes, el apartamiento del ideal caballeresco es motivo de críticas acerbas, ahora se excusa su aplicación en atención “al tiempo, al lugar, a la persona e a las otras circunstancias”. Surge entonces la “nostalgia de una vida más bella” de que hablaba Huizinga, que hace se vean como cumplidos en el pasado estos mismos ideales en toda su pureza, en agudo contraste con los egoísmos y mezquindades de la realidad presente: “Ya son mudados por la mayor parte —escribe Mosén Diego de Valera— aquellos propósitos con los cuales la Caballería fue comenzada; entonces se buscaba en el caballero sola virtud, agora es buscada caballería para no pechar; estonce a fin de honrar esta orden, agora para robar en su nombre; estonce para defender la república, agora para señorearla”⁴⁶.

Pero, en esta etapa final, el concepto popular del moro, en quien se centran las virtudes del caballero y del amante, no se pierde. Coexisten las dos versiones, la que pudiéramos llamar oficial, en que el moro, enemigo de la fe, debe ser expulsado, y la que, arrancando de los pueblos de Andalucía, ha de subir a los Alcázares en forma de romances y letrillas.

Ambos conceptos han de pervivir, remozados, en el siglo XVI, pues nuevas empresas y nuevas ilusiones se han de presentar al caballero español. El nuevo ideal de Imperio, que encarna Carlos V, se funde con las viejas ideas de Cruzada, orientadas ahora contra el Gran Turco, enemigo a la vez del Imperio y de la Fe. Esta pervivencia del viejo ideal cristiano y medieval en plena explosión renacentista la vemos maravillosamente resumida en este bello romance, escrito antes de 1534:

*Mayorazgos e hijosdalgo, comenzad de cabalgar;
labradores, dejad rejas; mercaderes, el tratar.
Ganemos la Casa Santa, que Carlos ha de ganar...
Saldrán todas las naciones, de tierra del Preste Juan,*

45. *Claros Varones*, pág. 46.

46. Mosén DIEGO DE VALERA, *Espejo de verdadera nobleza*, apud. Carriazo, edic. del *Memorial*, p. XXXII.

IDEALES DE LA VIDA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV

*y aqueste nuestro gran César todo lo ha de conquistar,
pues hasta el monte Calvario ha en persona de llegar.
Ganadas las tres Armenias, Arabia no ha de dejar,
Egipto, Siria, las Indias, todos se le han de dar.
Agarenos, ismaelitas también ha de conquistar,
más dichoso que Alejandro, por la tierra y por la mar.
A todos en un aprisco él los tiene que encerrar,
los sacramentos son pasto con que los ha de pastar...
Y aquesto siendo acabado, Don Carlos tiene que estar
abrazado con la cruz que Dios nos mandó abrazar,
en el monte donde Cristo a la nona fue a espirar⁴⁷.*

De ilusiones y desengaños está tejida la vida cultural de nuestro siglo XV, como ilusiones y desengaños forman el diario batallar de nuestra vida. Ilusiones de Imperio, que realiza Carlos V; de justicia, de fe y de conquista, que llevamos a cabo en América, y desengaños constantes, múltiples veces confesados, pero que no han llegado nunca a apagar el alma de Quijote que llevamos dentro.

47. Romance titulado "Incitamiento y combate contra el Gran Turco a toda la cristiandad", en el *Cancionero de Romances*, 1550, Rivad. XVI, 150 (apud. A. CASTRO, *l.c.* págs. 33-34).